



Inteligencia ecológica. Una alternativa para enfrentar los desafíos del turismo agroecológico

Ecological intelligence. An alternative to face the challenges of agroecological tourism

Jesús Alfredo Morales Carrero
Universidad de Los Andes. Venezuela
Correo: lectoescrituraula@gmail.com

DOI: <https://doi.org/10.5281/zenodo.23224364>

Recibido: 16-09-2025 Aceptado: 15-04-2026

Resumen

Este ensayo propone potenciar la inteligencia ecológica como la capacidad cognitiva fundamental para fomentar modos de pensamiento basados en la integración de los valores humanos y la preservación ambiental. Esta sinergia actúa como eje conductor no solo para el desarrollo de actitudes conscientes, sino también para el fortalecimiento de un sentido crítico capaz de precisar las consecuencias del proceder irracional del ser humano en su entorno. Asimismo, motiva la adopción de comportamientos orientados a reemplazar los modos de producción enfocados en la dimensión económica por prácticas responsables que garanticen el curso positivo de la vida en el planeta, priorizando la salud humana y la generación de productos ecológicos en beneficio recíproco de la tríada sociedad-individuo-medio ambiente. Lo anterior supone sustituir patrones irracionales a nivel individual y colectivo para impulsar experiencias productivas que unifiquen la inteligencia, la ecología y el turismo agroecológico como alternativa para vivir de manera sostenible, reduciendo el impacto de las actividades humanas y neutralizando aquello que atente contra el bienestar ambiental. En conclusión, fortalecer las bondades del turismo agroecológico implica motivar en las comunidades un sentido de corresponsabilidad que permita categorizar, organizar y proceder en correspondencia con los parámetros del desarrollo humano integral y sustentable.

Palabras clave: Inteligencia ecológica, turismo agroecológico, crecimiento multidimensional, reciprocidad.

Código UNESCO: 3308.99 – Ingeniería y tecnología ambiental – Otras (inteligencia ecológica)

Abstract

This essay proposes enhancing ecological intelligence as the fundamental cognitive capacity to foster modes of thought based on the integration of human values and environmental preservation. This synergy acts as a guiding axis not only for developing conscious attitudes, but also for strengthening a critical sense capable of identifying the consequences of irrational human behavior within the environment. Likewise, it motivates the adoption of behaviors aimed at replacing economic-centered production modes with responsible practices that ensure the positive course of life on the planet, prioritizing human health and the generation of ecological products for the mutual benefit of the society-individual-environment triad. The former entails replacing irrational patterns at both the individual and collective levels to promote productive experiences that unify intelligence, ecology, and agroecological tourism as an alternative for sustainable living, thereby reducing the impact of human activities and neutralizing anything that threatens environmental well-being. In conclusion, strengthening the benefits of agroecological tourism requires fostering a sense of co-responsibility within communities, enabling them to categorize, organize, and act in accordance with the parameters of comprehensive and sustainable human development.

Keywords: Ecological intelligence, agroecological tourism, multidimensional growth, reciprocity.

UNESCO Code: 3308.99 – Environmental engineering and technology – Other (ecological intelligence)

PUBLICACIONES EN CIENCIAS Y TECNOLOGÍA, revista científica de publicación continua, dos números al año, editada en la Universidad Centroccidental Lisandro Alvarado (UCLA) en la ciudad de Barquisimeto, Venezuela, bajo la Licencia CC BY-NC-SA. ISSN:1856-8890, EISSN:2477-9660. Depósitos legales: pp200702LA2730, ppi201402LA4590.

*Autor de Correspondencia

* **Jesús Alfredo Morales Carrero**. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-8379-2482>. Correo: lectoescrituraula@gmail.com. Politólogo y Docente de Psicología General y Orientación Educativa. Investigador Socioeducativo. Universidad de Los Andes, Venezuela.

1. Introducción

Enfrentar la crisis multidimensional y multifactorial por la que atraviesa el planeta, constituye un inminente desafío institucional y humano que invita a la transformación de los modos como se dan las interacciones entre el individuo y el medio que le rodea. En tal sentido, la emergencia de alternativas asociadas con el acercamiento empático del ser humano a los sistemas ecológicos como oportunidades para mejorar sus condiciones de vida, han posibilitado la emergencia de procesos productivos que fusionan las bondades de la naturaleza con la práctica humana sustentable, diversificando de este modo los medios necesarios para generar desarrollo integral y sostenible ([1]; [2]; [3]; [4]).

Por su parte, Morín en referencia a la adopción de este esquema de desarrollo que procura el complejo y dinámico equilibrio de los sistemas ecológicos por encima de cualquier interés economicista [5], supone el viraje de la actividad productiva hacia la construcción de alternativas ecologizadas que propicien la diversificación de los vínculos mediados por la reciprocidad, en los que la humanidad consciente de su condición planetaria alcance a ajustar su proceder actitudinal hacia fines solidarios, amistosos y revitalizadores del funcionamiento de la vida, dentro de los parámetros del respeto que superpone la interacción dialógica con la biosfera, mediante el despliegue de la: inteligencia consciente.

Por consiguiente, la referencia a la inteligencia ecológica como la capacidad sensible en torno al uso amigable de los recursos naturales no renovables, constituye una salida a los embates destructivos devenidos de iniciativas productivos inconscientes e irracionales, en los que se percibe la superposición de la dimensión economicista por encima de la ecológica [6], evadiendo toda posibilidad de garantizar el goce y disfrute de sus bondades por las generaciones futuras, pero además, sometiendo a riesgo toda posibilidad de sobrevivencia digna a lo largo del tiempo ([7]; [8]).

Desde la perspectiva de Ander-Egg [9], supone la disposición actitudinal en torno a la reconducción de los problemas globales que aquejan al planeta, a los cuales es posible gestionar desde precisión de las amenazas que pudieran redimensionar la vulnerabilidad de la humanidad, así como de los sistemas ecológicos complejos de los que depende fundamentalmente fenómenos de impacto determinante en la existencia humana digna, tales como: alteraciones climáticas, recrudecimiento de las altas temperaturas, tanto intensas como extremas, y ralentizar de manera significativa las emisiones de gases tóxicos responsables del efecto invernadero.

Al referirnos a la inteligencia ecológica como aliada del turismo agroecológico, se hace perentoria la mención al medio natural y el sentido de dependencia que nos une a éste, por considerársele el recurso más importante para el funcionamiento de la vida humana, por entrañar bondades asociadas con la salud, la calidad de vida y el bienestar integral. Estas dimensiones como cometidos de las agendas globales en materia de crecimiento humano constituyen puntos focales que instan a la reformulación de los modos de pensar, precisando la elevación del nivel de conciencia como requerimiento para comprender el funcionamiento de los sistemas ecológicos, de los cuales obtener los insumos necesarios para satisfacer las necesidades trascendentales de la humanidad.

Según [1], generar experiencias productivas que privilegien el aprovechamiento consciente y racional de los recursos naturales, requiere la sustitución de prácticas destructivas por otras orgánicas que garanticen el mantenimiento de la vida en especies de flora y fauna, así como el resguardo de la salud de la humanidad. Esto demanda, apostar por nuevas alternativas soportadas en la sustentabilidad, que minimicen el impacto ambiental y maximicen las posibilidades de funcionamiento de los sistemas

naturales-ecológicos, garantizando la praxis de los principios rectores de la denominada revolución verde [8].

Este énfasis en la revolución verde como parte de los cometidos de la inteligencia ecológica, visto como un proceso al servicio del resguardo de la naturaleza y el medio ambiente, implica apostar por el desarrollo sostenible como la salida alentadora de posibilidades tanto reales como viables en torno a la instauración de modelos de crecimiento que privilegien la conjugación racional de la dimensión económica como la ecológica; de allí, que se asuma al turismo agroecológico como la actividad productiva que emerge en el presente como una manera de impulsar el máximo disfrute de los recursos naturales, siempre y cuando este proceder no implique el despilfarro de bondades y sí, en su lugar, el alcance del equilibrio entre lo ecológico y la rentabilidad sostenible establecida en los esquemas de desarrollo consciente [10].

Lo referido implica educar a la sociedad no solo en torno al proceder racional sino en función de operativizar el fortalecimiento de la afectividad ambiental, como proceso al que se estima pilar fundamental de la inteligencia ecológica ([9]; [11]), que invita a estrechar lazos de coexistencia y protección empática consciente [12], que junto a prevenir la devastación ecocida que amenaza al planeta Tierra, también abone el camino hacia la definición de nuevos horizontes que permeados por la sensibilidad colectiva evite la erosión de la vida.

Este ensayo como resultado de una revisión documental, expone las bondades de la inteligencia ecológica, dejando ver sus aportes a la potenciación de la actividad productiva sustentada en el turismo agroecológico; en el mismo se abordan sus características, y desde el punto de vista práctico algunas operaciones propias de esta capacidad cognitiva que procura modificar patrones de consumo, estilos de vida y procesos de interacción ser humano-naturaleza, procurando maximizar los beneficios económicos sin ir en detrimento del equilibrio de los ecosistemas.

2. Desarrollo: Inteligencia ecológica. Una alternativa para enfrentar los desafíos del turismo agroecológico

La inteligencia ecológica como proceso al servicio del desarrollo funcional del medio ambiente, también procura reducir los estragos ecológicos que experimenta el planeta al aportarle a la humanidad una elevación de la conciencia reflexiva en torno a los daños irreversibles que amenazan con el desarrollo funcional de la trama de la vida para todos los que constituimos el planeta Tierra. Esto implica virar la mirada hacia la sustitución de prácticas insustentables por modos de vida sostenibles que irrumpen en la carrera desenfrenada de la humanidad por aprovechar los recursos no renovables presentes en detrimento del bienestar de las generaciones futuras.

De allí, que el cuidado de compartido de los recursos que aporta la naturaleza constituya no solo un desafío del presente, sino la forma idónea de hilvanar el mundo posible en el que todos los seres humanos asuman como valor universal el respeto por la vida en sus diversas manifestaciones; pero además, el resguardo consciente de las bondades, riquezas y complejidades que entrañan los sistemas ecológicos [5], así como indiscutible aporte a la trascendencia un sinnúmero de interacciones vitales mutuamente provechosas para la consolidación de las condiciones mediatas e inmediatas de la supervivencia de todas las especies.

En razón de lo expuesto, el turismo agroecológico como alternativa para la maximización de las oportunidades de bienestar humano y ambiental, representa la salida a la que instituciones

gubernamentales están apelando con mayor recurrencia, por considerarlo el antídoto para frenar la crisis generalizada que atraviesa el planeta; algunas razones que respaldan esta postura, refieren a la reducción de los riesgos y si, en cambio, la diversificación de las posibilidades para garantizar que el actuar humano rompa con prácticas destructivas hasta evolucionar al compromiso de precisar riesgos, compromisos y posibles alianzas entre los sistemas ecológicos y las actuaciones humanas sostenibles, que garanticen el equilibrio funcional entre las dimensiones económica y social [6].

Frente a este desafío, emergen los postulados de la denominada inteligencia ecológica ([8]; [13]), que invita a la convivencia empática y comprensiva con los sistemas ecológicos, con el propósito de estrechar lazos humano-naturaleza y, entre estos y la sociedad, a través de la mediación de vínculos de interdependencia que eviten la explotación, manipulación y apropiación indebida de recursos y sí, en cambio, se potencie la modificación de los modos de pensar irracionales que den paso a la denominada regeneración y revitalización de la naturaleza.

De allí, que se entiende a la inteligencia ecológica como una capacidad asociada con la alfabetización ambiental, que supone el aprendizaje de los procesos evolutivos y funcionales por los que atraviesa la naturaleza y, que deben considerarse como requerimientos que al ser comprendidos en profundidad facilitan el aprovechamiento apropiado y óptimo de los recursos ecológicos, sin provocar riesgos de alto impacto; por ende, la necesidad de conceptualizar la inteligencia ecológica como:

La capacidad de vivir tratando de dañar lo menos posible a la naturaleza. Consiste en comprender qué consecuencias tienen sobre el medio ambiente las decisiones que tomamos en nuestro día a día e intentar, en la medida de lo posible, elegir las más beneficiosas para la salud del planeta. La paradoja reside en que cuanto más coherentes somos con su bienestar, más invertimos en el nuestro [1].

Al referirnos a la inteligencia ecológica, se hace necesario aludir a la capacidad de la que depende que el ser humano se relacione con su entorno, es decir, desarrolle procesos interactivos con las particularidades emergentes y los problemas singulares que imposibilitan la prosecución de los principios propios de la sustentabilidad. En palabras de Moser [14] la relevancia de la inteligencia ecológica se plantea en función de comprender que sus aportaciones a la construcción de formas de vida sostenibles, en tanto favorece “la consolidación del sentimiento de pertenencia, la apropiación y la ciudadanía; y a nivel del entorno global, el compromiso en los comportamientos compatibles con un desarrollo sostenible” (p. 20).

Lo referido supone el cultivo de la sensibilidad colectiva en torno al uso de los bienes naturales, en cuyo énfasis se encuentra la preservación de su funcionamiento, como imperativo que invita a realizar ajustes actitudinales que no solo garanticen el goce de un medio ambiente para todos, sino la superación de procesos ideológicos caducos por su incapacidad para resolver en el plano de la nueva racionalidad ecológica, el desafío de transformar los problemas globales en la materia en posibilidades aceptables que reivindiquen las aspiraciones propia del desarrollo sostenible.

En otras palabras, la promoción de la inteligencia ecológica es fundamental incluirla en el contexto educacional por cuanto significa, la posibilidad de modificar los estilos de vida en función de garantizar que los comportamientos y actitudes humanas adquieran un valor preponderante capaz de generar mayores niveles de conciencia y convivencia, así como la construcción de soluciones que permitan apalea los efectos de los problemas ambientales que se enfrentan a escala global. Zimmermann [15] al respecto propone que acercar al ser humano a la gravedad y alcance de la huella ecológica, requiere de

acciones en las que se le dote de “la requerida conciencia y sensibilidad para comportarnos responsablemente con la totalidad del sistema ecológico al cual pertenecemos” (p.12).

En tal sentido, la inteligencia ecológica como aliada del turismo agroecológico, permite profundizar en las posibles acciones que históricamente pudieran repercutir en la alteración de los sistemas naturales y ambientales, sin dejar de precisar que sus implicaciones al alcanzar trascendencia en la actualidad, demandan mayor sensibilidad y conciencia activa, como requerimientos a partir de los cuales operar racionalmente mediante el acercamiento estrecho que conecta al ser humano con su hábitat.

Según propone Morton [11], la inteligencia ecológica permite forjar lazos de empatía entre el funcionamiento natural del medio ambiente y el operar de las actividades productivas humanas, poniendo especial énfasis en el resguardo de las condiciones dinámicas propias de los ecosistemas, a los cuales aprovechar desde la comprensión de su fragilidad; de allí, que se precise a esta capacidad humana como una gestora de los riesgos potenciales que además de vulnerar las condiciones de equilibrio y regulación de los sistemas ecológicos, reducen las posibilidades para coexistir sin destruir su esencia. En otras palabras, la inteligencia ecológica invita a reflexionar posibles alternativas de uso y manejo de los recursos no renovables, en las que se estime la actitud de conservar, cuidar y potenciar funciones reparadoras que supriman la destructividad y eleve las posibilidades para que las generaciones presentes y futuras aprovechen de las mismas bondades.

En palabras de Ander-Egg [9], consolidar este beneficio futuro constituye una invitación universal a un cambio de conciencia cuyo asidero se encuentre mediado por el compromiso unánime de sustituir la superposición histórica de la relación entre el binomio rentabilidad/ganancia por un modelo de aprovechamiento que privilegie la relación tanto amistosa como sinérgica entre el ser humano y la naturaleza; en un intento por reducir los desequilibrios sobre los que se soporta la catástrofe ecológica global, privilegiando fundamentalmente el resguardo del sentido de la vida por encima de cualquier interés irracional.

Lo referido implica desde los propósitos de la inteligencia ecológica reconducir el proceder actitudinal de la humanidad hacia la articulación de actividades productivas como el turismo agroecológico, que le garanticen a los diversos sectores que conforman la dimensión económica la generación de servicios que redunden no solo en la consolidación del bienestar sostenible como ideal universal, sino la recuperación del equilibrio ecológico como imperativo categórico que haga compatible el aprovechamiento racional-consciente con la conservación de la biosfera en todos los contextos [16].

Como lo reitera Morton [11], frente a la crisis que atraviesa la sociedad en la actualidad y, en específico nuestro planeta por el redimensionamiento de la actividad productiva por encima de la conservacionista, la inteligencia ecológica además de procurar la reducción de daños irreversibles, pretende ampliar los lazos conscientes de interdependencia entre el ser humano y la naturaleza, diversificando para ello las posibilidades para gozar, usar y aprovechar los recursos que conforman la biodiversidad, el ambiente y los ecosistemas. Esto para la praxis del turismo agroecológico supone la reducción de los peligros de la inestabilidad ecológica, frente a la cual, es perentorio el ejercicio de la conciencia activa que oriente el establecimiento de la cultura sustentable.

La referencia a la conciencia activa estimada en Morín [5], como conciencia ecológica supone un elevado estado de sensibilidad humana que no solo regula la interacción con el medio ambiente como sistema, sino que procura ubicar en el centro del interés individual y colectivo la vuelta al diálogo con los sistemas ecológicos; en un intento por consolidar uno de los cometidos del turismo agroecológico: la consolidación de interacciones provechosas, que redunden en la potenciación de la interdependencia

que haga aflorar lo más sublime de la fraternidad humana que permite el encuentro profundo y verdadero con la naturaleza así como con sus bondades.

Para la psicología ambiental, la inteligencia ecológica procura estrechar los vínculos de familiaridad entre el ser humano y el medio natural; haciéndole ver el individuo que su “entorno es su espacio de vida, es su hábitat, por lo que requiere del establecimiento de la simbiosis necesaria que permita la reducción de actuaciones hostiles y sí, en cambio la construcción de condiciones que garanticen su supervivencia y su disposición para la adaptabilidad” ([14], p. 19).

En correspondencia Ander-Egg [9], sostiene que la idea de sostenibilidad como modelo de desarrollo aceptado en la actualidad, implica la conjugación sinérgica de dos dimensiones determinantes del equilibrio ecológico global, a decir: por un lado la minimización de las acciones humanas perturbadoras del medio ambiente y, por el otro, la paralización sistemática de la agresión ecológica con la finalidad de ampliar las posibilidades para hacer del planeta un lugar habitable, en el que la condición sine qua non sea el compromiso común de la humanidad en torno a su supervivencia.

Según el autor, la inteligencia ecológica se encuentra vinculada con el ejercicio de la ciudadanía global consciente, a la que se entiende como una aliada del turismo agroecológico que invita al redimensionamiento de prácticas de aprovechamiento positivas que no menoscaben la estabilidad y el equilibrio funcional de los sistemas ecológicos y sí, en cambio, potencie “eleve el sentimiento de pertenencia, la apropiación y la ciudadanía; y a nivel del entorno global, el compromiso en los comportamientos compatibles con un desarrollo sostenible” ([14], p. 20).

Algunos aportes de la inteligencia ecológica al turismo agroecológico, refieren a la prevalencia de los siguientes valores: la retroalimentación sistemática y recurrente, el proceder respetuoso y recíproco, la generación de interacciones constantes y mutuas entre los sistemas ecológicos y las prácticas de aprovechamiento sostenibles. De allí, la propuesta de Moser [14], quien reitera que la inteligencia ecológica involucra el doble desafío de aportar a la creación de una “sociedad sostenible y capaz de adaptarse a los cambios recurrentes” (p. 26).

Se trata entonces, de configurar una nueva cultura ambientalista, cuyos valores funjan como fundamento para impulsar el desarrollo sostenible, en el que se precisen beneficios sociales, económicos, ecológicos y asociados con el resguardo de la biodiversidad [17]. Esto refiere a la construcción de relaciones sólidas y estrechas entre el ser humano y el medio natural [1], que garanticen no solo condiciones de bienestar para las generaciones venideras, sino ampliación de las posibilidades para vivir de manera saludable.

En consecuencia, la inteligencia ecológica puede entenderse como la capacidad cognitiva que favorece no solo el aprovechamiento consciente de los recursos naturales, sino la adopción de estilos de vida sustentados en el consumo ecológico, que invita a participar dentro de las actividades productivas asociadas con el agroturismo, entre las que se mencionan: el uso de productos orgánicos, libres de contaminantes químicos, como los principales responsables de la degradación ambiental y de la calidad de vida física y emocional de la humanidad. Esto supone, apostar por la sustentabilidad que invita a la prosecución de prácticas de cultivo y cosecha que no atenten contra el funcionamiento de los sistemas ecológicos y si en cambio, propicien su estabilidad.

Se trata entonces, de elevar la conciencia ecológica que reivindique el proceder irracional del ser humano, hasta lograr establecer límites comportamentales y actitudinales que garanticen el uso de los recursos ecológicos con respeto y consideración, evitando de este modo la puesta en riesgo de su

equilibrio funcional por la ruptura de la propia dinámica que rige la interacción entre cada uno de los componentes. En sentido estricto la inteligencia ecológica procura reducir la depredación y la degradación, como factores de riesgo que ponen al borde de la destrucción los ecosistemas.

Por consiguiente, esta capacidad puesta al servicio de la actividad agroturística pretende maximizar la interdependencia del ser humano con respecto a la naturaleza y sus bondades, pero además, definir posibles acciones para reorganizar el aprovechamiento sano y saludable de los recursos ecológicos, tornando el quehacer de los prestadores de servicio con fehaciente apego a la empatía con la biosfera, sus riquezas y complejidades, a las cuales tratar desde la sensibilidad sustentada en la conservación no solo para las generaciones actuales sino para las futuras, en un intento por garantizar que las intervenciones surjan del diálogo mutuamente provechoso tanto para la naturaleza como para el individuo.

Lo referido sugiere desde la perspectiva de Giraldo y Toro [12], la promoción de la denominada sensibilidad colectiva, a la que se precisa como uno de los cometidos de la inteligencia ecológica, en cuyo contenido se estima la construcción de nuevos esquemas de coexistencia entre la naturaleza y humanidad; en los que prime la lucha enfática en al menos tres dimensiones: asegurar el resguardo de las tramas vitales, la consolidación de afectos ecológicos y la creación de matrices de significación social que den paso a la materialización sistemática del orden sensible.

En consecuencia Ander-Egg [1], refiere a la potenciación de un nuevo esquema de solidaridad que insta a la humanidad a asumir el desafío común de resguardar el equilibrio de los sistemas ecológicos, como un cometido universal que reitera la necesidad de proteger al medio de las actuaciones al margen de la racionalidad derivada del paradigma de la sostenibilidad, a la que se entiende como el resultado de la unificación de esfuerzos en torno a la búsqueda del aprovechamiento equilibrado que le permita a la humanidad evitar los riesgos asociados con su supervivencia.

En estos términos, la inteligencia ecológica viene a cumplir cometidos importantes para la recuperación del sistema-mundo al instar a la sociedad global a adoptar como parte de sus propósitos comunes la reducción de actividades contrarias al equilibrio funcional de los ecosistemas; esto implica adoptar como premisa de vida la comprensión unánime que refiere a que la Tierra constituye un espacio compartido y exige entre otros aspectos la protección de la esfera de la vida, en la cual se encuentran contenidos los requerimientos para salvar a la humanidad.

Lo anteriormente expuesto guarda estrecha relación con los cometidos del turismo agroecológico, al considerarse como una actividad no solo productiva que impulsa iniciativas de desarrollo rural, sino además, como un esquema de sensibilización que estima como valor fundamental la lucha por la revitalización de los nexos con otras formas de vida, con las cuales estrechar vínculos responsables que fundados en el respeto profundo permitan situarnos en la denominada trama de la coexistencia que una al ser humano con los ecosistemas que conforman su contexto mediato e inmediato [18].

En tal sentido, la inteligencia ecológica cobra especial importancia como aliada de un nuevo paradigma de civilización que estima entre otros aspectos hilvanar relaciones amigables con la naturaleza, en un intento por comprender no solo su funcionamiento sino las formas como sus bondades aportan a la vida saludable; ideal al que las agendas globales estiman como el requerimiento sine qua non desde el que es posible engendrar nuevos horizontes que sustentados en la condición sentipensante de la humanidad alcancen a configurar mecanismos de comunión con el mundo natural.

Visto de este modo, la tarea de la inteligencia ecológica no es más que la de evitar el deterioro derivado de la agresión a permanente a los fundamentos sobre los que se cimienta el desarrollo de la vida; desafío universal que invita a la humanidad a fortalecer sus convicciones planetarias desde el quehacer crítico que le permita no solo cultivar la conciencia sobre las actuaciones irracionales, sino además, potenciar su capacidad para precisar alternativas en las que se superponga el bienestar de los sistemas ecológicos por encima de cualquier interés asociado con la vulneración de la funcionalidad de vida en sus diversas manifestaciones.

Estos cometidos estimados como parte de los propósitos del turismo agroecológico constituyen una invitación a la práctica responsable de actividades de aprovechamiento, uso y manejo de recursos no renovables desde el accionar consciente, como actitudes sustentables asociadas con la transformación de la actividad humana en espacios naturales; a las que se estiman como alternativas para generar no solo bienestar para todos, sino como un modo de propiciar el término de la degradación del medio ambiente y de los sistemas ecológicos. Este nuevo esquema de aprovechamiento exige superponer el equilibrio de la dimensión ecológica del sistema-mundo mediante el concierto de la voluntad humana e institucional en torno al resguardo del propio hábitat en un intento por evitar los estragos ecológicos derivados de la globalización.

Este compromiso de la humanidad en razón de mitigar los problemas que sustentan la catástrofe ecológica, implica desde las bondades de la inteligencia ecológica la escogencia de alternativas viables y saludables para el sistema medio ambiental; procurando fundamentalmente, que las actividades humanas no generen intoxicación ni modificación significativa a la biosfera, desafío que exige superponer la necesidad de delegar a las siguientes generaciones un planeta funcional, equilibrado y libre de la amenazas a su biodiversidad.

Visto lo anterior, inteligencia ecológica supone para la consolidación de la actividad turística una posibilidad para no comprometer la supervivencia humana a cambio del aprovechamiento económico, sino por el contrario como una oportunidad para redimensionar la capacidad de sobrevivir a los embates globales derivados de la agresión ecológica que experimenta el planeta; esto implica dentro del paradigma de la sustentabilidad la reducción costo ecológico, social y humano en un intento por resguardar la denominada esfera de la vida [1], como resultado del operar en torno a un nuevo esquema de racionalidad que asume como imperativo categórico modos sostenible que relacionen a la humanidad con la naturaleza.

Este proceder no es más que la adopción de una nueva visión sobre el uso de los recursos no renovables que constituye patrimonio común de la humanidad, a los cuales asumir desde su vulnerabilidad que invita a considerar comportamientos ecológicos mediados por la sensibilidad y la empatía; como requerimientos que para la práctica de la actividad turística potenciar la vocación planetaria que involucra un cambio de paradigma en lo referente al aprovechamiento de las bondades aportadas por los sistemas ecológicos a la calidad de vida, al desarrollo humano sostenible y al bienestar holístico [10].

El argumento anterior debe entenderse en sentido estricto como la oportunidad para trascender hacia el uso, goce y disfrute de la biodiversidad y de la vida silvestre desde una actitud consciente que reivindique la recuperación de vínculos sostenibles entre los usuarios y el mundo natural; esto con la finalidad de garantizar la configuración de un profundo compromiso ecológico que mediado por el respeto real potencien tanto el descubrimiento como la incursión de la humanidad en nuevos estilos de vida solidarios con la naturaleza.

En otras palabras la inteligencia ecológica se precisa como una aliada alternativa del desarrollo sostenible de la actividad turística, al revitalizar los procesos de comunión con la naturaleza, con sus sistemas y con todo lo que la conforma; esta experiencia mediada por la conciencia ecológica pretende no solo reducir los efectos de la degradación histórica del medio ambiente, así como ponerle término a los desequilibrios producto del uso irracional que le ha heredado a las generaciones del presente un planeta en crisis, caos e incertidumbre.

Frente a este panorama emerge la premisa del vivir en armonía con los sistemas ecológicos (Goleman, 2009), que invita al aprovechamiento de sus potencialidades siempre y cuando el quehacer humano gire en torno a la supeditación de la rentabilidad económica por a la preservación duradera que garantice nuevos esquemas de equilibrio funcional y amistoso con los atractivos naturales, a los cuales asumir como determinantes de buen vivir asociado con la trascendencia digna y la realización humana plena [19].

En tal sentido, es posible asumir que la inteligencia ecológica se precisa como la capacidad que combina la sensibilidad hacia el medio ambiente y la responsabilidad compartida tanto individual como colectiva en torno a la tarea de direccionar la actividad productiva humana hacia fines benévolos; en cuyo contenido se deja ver el resguardo de los sistemas ecológicos desde el respeto activo, que junto a la conciencia planetaria le permitan a la humanidad estrechar lazos de simpatía con su entorno.

Según Morín [5], este proceder resulta de un elevado nivel de conciencia planetaria constituye más que una forma racional de trato amistoso con los sistemas ecológicos, una posibilidad real para retornar al deseo sensible de reivindicar el verdadero sentido de la vida, que involucra entre otros aspectos atenuar las actuaciones al margen de la preservación y, en consecuencia la atención focalizada sobre el estado de alerta por el que atraviesa el planeta; en el cual se encuentra contenida la inminente necesidad de participar desde el proceder actitudinal en la tarea fortalecer la vocación planetaria que conduzca a generar y regenerar los ecosistemas, procurando de este modo el verdadero encuentro empático con los sistemas ecológicos.

La articulación de estas actividades supone para el ejercicio activo del turismo agroecológico una oportunidad para crear las condiciones de interdependencia sensible entre el ser humano y su medio, en un intento por fortalecer los vínculos de solidaridad que potencien no solo la recuperación de las viejas rupturas que históricamente han posicionado al resguardo de la dimensión ecológica en un segundo plano; esto como resultado del operar inteligente que superpone la protección consciente de la vida como recurso que gestionado desde el cuidado sensible garantiza interacciones sistemáticas que eviten cualquier acción destructora que ponga en peligro la supervivencia de cualquier especie.

3. Conclusiones

La vida en el planeta Tierra enfrenta desafíos complejos que invitan a resignificar las conexiones entre los sistemas que la conforman y el ser humano. Lo referido como parte de las aspiraciones universales en materia de sostenibilidad reitera implícitamente la necesidad de revalorizar los vínculos con el mundo natural, en tanto se estiman como contenedor de las condiciones vitales asociadas con la trascendencia hacia esquemas de bienestar integral, equilibrio funcional y calidad de vida para todos; estas aspiraciones, asumidas permeadas por el idealismo de vivir pleno en medio de una realidad global entretejida por el caos y la degradación, constituye una invitación al cultivo de la afectividad ambiental,

como la respuesta a los problemas ecológicos que amenazan existencia y el desempeño funcional de quienes habitan el sistema-mundo.

Trascender en esta dirección reitera la necesidad de sustituir los actos irracionales que atentan contra todas las formas de vida que coexisten en planeta Tierra, por respuestas conscientes que no solo reduzcan el nivel de intensidad del proceder humano cruel, sino que fortalezca la habilidad biológica de percibirse parte fundamental de los sistemas ecológicos, actitud que insta a pensar y sentir en pro de la vida, así como a reformular cursos de acción que por sus implicaciones negativas pudieran generar daños irreversibles a la naturaleza y, en consecuencia afectaciones a desempeño coherente mediato e inmediato de la existencia humana.

Entonces, emprender actuaciones sustentables y sostenibles que garanticen la satisfacción de las necesidades humanas, supone la práctica de operaciones asociadas con la inteligencia ecológica que, como aliada del turismo agroecológico pudiera entretejer vínculos conscientes entre el ser humano y los sistemas ecológicos. Esta relación supone la viabilidad de actividades de aprovechamiento que privilegien el mantenimiento del equilibrio funcional de la biodiversidad que garantice, entre otros aspectos, el uso, manejo y aprovechamiento de las bondades que la naturaleza ofrece para el redimensionamiento del desarrollo humano integral y sostenible.

Por ende, es preciso indicar que proceder con apego a la inteligencia ecológica en su sentido práctico posibilita que los promotores y prestadores de servicios asociados con el turismo agroecológico amplíen desde una visión holística, sistémica y conservacionista, las oportunidades para reducir el impacto sobre el medio ambiente y, por consiguiente, garantizar la consolidación de lazos sólidos en los que el usuario actúe de manera empática con los sistemas ecológicos, es decir, conscientemente y privilegiando el proceder crítico-reflexivo que coadyuve con la minimización de los impactos, y si en cambio, estrechando los nexos de reciprocidad e interdependencia (ser humano-naturaleza).

En razón de lo propuesto, fomentar la sensibilidad ecológica como acción relacionada con la sostenibilidad, sugiere aportar conocimientos útiles que no sólo ayuden en el compromiso común de sobrevivir a la crisis ambiental que azota al planeta, sino aportar herramientas y estrategias valiosas y trascendentales que cooperen con el abordaje de los cambios bruscos producto del quehacer irracional, frente al cual la salida factible consiste en avizorar un futuro sostenible, como resultado de la promoción de la inteligencia ecológica, a partir de la cual establecer límites de aprovechamiento.

En resumen, la inteligencia ecológica como proceso al servicio del resguardo de la vida constituye junto al turismo agroecológico una posibilidad esperanzadora para aprovechar racionalmente los recursos no renovables con los que aún cuenta la humanidad; esto supone neutralizar las agresiones a la diversidad mediante el trato amistoso con los ecosistemas, desafío que invita a la unificación de esfuerzos en torno al aprovechamiento consciente, sensible y crítico que le permita al sistema-mundo alcanzar el equilibrio funcional así como lograr la neutralización de las amenazas globales que atentan contra trascendencia humana digna..

Referencias

- [1] El Ambientalista. (2012). Un planeta demasiado pequeño para la voracidad humana. Disponible en: www.cepronat-santafe.com.ar
- [2] Moser, G. (2003). La psicología ambiental en el siglo 21: el desafío del desarrollo sustentable. *Revista de Psicología Ambiental.* Vol. XII, Nº 2, 11-17.

- [3] Ramírez, E. (2014). Agroturismo: aportes para el desarrollo de una tipología turística en el contexto latinoamericano. *Turismo y sociedad*, 15 (14), 223-236.
- [4] Teijero, S. (2013). *Inteligencia ecológica y relaciones públicas*. 1era. Jornada de Comunicación. Relaciones Públicas, de la mano con la ecología. Caracas.
- [5] Morín, E. (1966). Pensamiento ecologizado. *Gazeta Antropológica*, 12, 1-17.
- [6] Gabaldón, A.J. (2006). *Desarrollo Sustentable*. La Salida de América Latina. Editorial Grijalbo.
- [7] Colán, O. (2011). Sección de ecología. *Inteligencia ecológica*. Ediciones Alma Vallejiana.
- [8] Goleman, D. (2009). *Inteligencia ecológica*. Ediciones B.S.A de C.V.
- [9] Ander-Egg, E. (1982). *El desafío ecológico*. Editorial Hymnitas.
- [10] Morales, J. (2023). *Inteligencia ecológica: una capacidad inherente al equilibrio ambiental y al desarrollo humano en el marco de la sostenibilidad*. *Dissertare Revista de Investigación en Ciencias Sociales*, 8 (1), 1-21. <https://doi.org/10.5281/zenodo.13763502>
- [11] Morton, T. (2018). *El pensamiento ecológico*. Paidós.
- [12] Giraldo, O y Toro, I. (2020). *Afectividad ambiental, empatía y estéticas del habitar*. Universidad Veracruzana.
- [13] Mora, F y Chiriboga, E. (2017). Turismo agroecológico: alternativa de desarrollo turístico sostenible en la zona rural de la provincia de guayas. *Revista Innova*, 2 (5), 152-162.
- [14] Moser, G. (2017). *Psicología ambiental. Aspectos de las relaciones individuo-medioambiente*. Eco-ediciones.
- [15] Zimmermann, M. (2013). *Pedagogía ambiental para el planeta en emergencia*. Ediciones Ecoe
- [16] Sachs, J. (2015). *La Era del Desarrollo Sostenible*. Ediciones Deusto, Centro Libros PAPF, S.L.U., Barcelona, España
- [17] Fresneda, E y Fresneda, J. (2018). Agroecología, un instrumento para la gestión del turismo rural en Quintana Roo. *Estudios Sociales*, 28 (51), 1-25.
- [18] Morales, J. (2024). Una política pública para impulsar el turismo agroecológico. Hacia un cambio de paradigma. Reflexiones, desafíos y posibilidades. *Revista Wani*, 81 (16). <https://doi.org/10.5377/wani.v1i81.19427>
- [19] Morales, J. (2026). Pensamiento ecológico y educación para la sostenibilidad: ¿una salida a la crisis global? *Revista Latinoamericana de Difusión Científica*, 8 (14), 273-303. <https://doi.org/10.5281/zenodo.18463454>